

LA NOVELA FILM

N.º 14

30 cts.



LA FUGA DE LA NOVIA



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vilà
Urgel, 7. - BARCELONA

BEAUMONT, Harry

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96

Administración | BARCELONA

Año I

N.º 14

La Fuga de la Novia

(JUNE HADNESS, 1922)

Comedia original de CROSBY GEORGE

Foto de JOHN ARNOLD

Interpretación a cargo
de la bellísima estrella

VIOLA DANA

METRO
PICTURE
SELECCIONES
CAPITOLIO

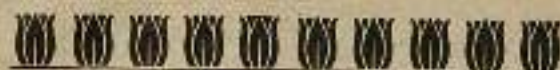


CONCESIONARIO:
S. HUGUET



Provenza, 292
BARCELONA

Prohibida la
reproducción



La Fuga de la Novia

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Dicen las campanas bodas ideales...
suspiran las brisas arrullos de amor...
Desdén la novia las galas nupciales
Que el novio prometen dichas celestiales...
La culpa es de Junio... ¡Qué Junio, Señor!

Porque era un día de Junio, del claro y loco Junio, cuyo esplendor se hace fiebre en las venas, el día de nuestra historia.

Todos los periódicos anunciaban un acontecimiento mundano en su sección de Sociedad: la encantadora señorita Clytia Whitmore debía contraer matrimonio con el distinguido joven Cadbury Todd, a las doce en punto de aquella mañana. La boda se celebraría en la aristocrática iglesia de Hillcrest.

La novia, una criatura extraordinariamente nerviosa e indomable, no se sentía feliz en el momento solenne de vestir las galas nupciales.

Una razón poderosa se la impedía y ésta era la antipatía que le inspiraba su prometido.

Porque, la verdad, Clytia no quería al que iba a ser su marido, ni había sido ella quien le diera el sí.

Todo lo concertó su madre, la viuda Whitmore, joven aún, en esa edad media en que las mujeres, sino por su seria belleza, por su distinción, son sumamente agradables para ciertos solterones.

De modo que todo lo que le faltaba de felicidad a la hija lo tenía su madre, porque el futuro yerno, de alta posición social, era elección suya.

Desde hacía un buen momento, Clytia, rehúsaba seguir adelante en su glorio de novia y, ocultas sus venustas gracias en un primoroso pijama, se paseaba en su habitación mandando con viento fresco a quien osaba acercársele. Su madre contaba entre los enviados a pasear, pero unos y otros volvían a insistir para que, de una vez, la rebelde se decidiera a arreglarse para dirigirse a la iglesia donde los invitados esperaban a los novios desde hacía un rato largo.

Cuando, para persuadirla de que no adelantaba nada poniéndose terca, le indicaron a Clytia que ya debiera haber llegado al templo, ella contestó con el siguiente chasco:

—Por mí, que esperen. Como la que ha de casarse soy yo, iré cuando me dé la gana. ¿Lo queréis más claro?

Las que presenciaron la explosión de Clytia, desaparecieron, asustadas de su cuarto, y, para

verse libre de todos, encerróse en el mismo con su doncella, que también, la pobre, estaba aterro-
rizada.

Mientras la madre y las señoritas que formaban la corte de honor de Clytia pedían a esta, detrás de la puerta, que comprendiese el mal efecto que su tardanza iba a producir a todos



Clytia rehusaba seguir adelante en su atavío...

los invitados — que con razón debían de impacientarse —, sonó el timbre del teléfono de la novia revolucionaria.

Debe de ser Carbury, Carolina — dijo Clytia a su doncella —. Sin duda preguntará si ya

he salido de casa hacia la iglesia. Digale que me he fugado, que me he muerto... ¡todo lo que quiera, menos que estoy aquí! Sería capaz de venir.

En efecto, era el futuro marido de la irascible joven quien telefoneaba.

Cadbury era rico, noble, distinguido y, ade-



...encerróse con su doncella, que estaba aterrada.

más—precisamente el defecto que echaba a perder todas sus cualidades materiales—, más fatuo que un nuevo rico.

Para colocarse el auricular telefónico a la

altura de su respetable oído derecho, su criado le quitó la boquilla con su correspondiente cigarrillo, de la boca, y los guantes, de las manos.

Luego, erguido y muy atento, preguntó:

—¿Está aún en casa la señorita Whitmore?
Soy el señor Todd.

La doncella, que sabía a qué atenerse, no vaciló en responder:

—Servidora soy su doncella. La señorita hace un rato que salió para la iglesia, señor.

—¡Ah!... ¡Ya!... Gracias.

Cadbury colgó el auricular al aparato, recibió en su boca el accesorio de fumar, sus guantes en una mano y un cocktail en la otra.

—Es más tarde de lo que yo creía —dijo a su padrino de boda, un amigo suyo que estaba en su casa esperando la hora de acompañarlo a la iglesia— Vamos, pues.

El criado se apresuró a pulir celosamente a su señor y, después de haberlo hecho, abrió la puerta para que el novio y el padrino salieran a la calle para subir en el automóvil que los esperaba frente a la casa.

Cadbury parecía caminar al sacrificio, tan inexpresivo era su rostro.

El padrino lo seguía con resignación y, de vez en cuando, le aconsejaba:

—Sucede lo que tenía que suceder. Hoy es un gran día para ti. Vas a perder tu libertad; en cambio, ganarás un tesoro de mujer, porque hay que reconocer que es muy bonita.

—Sí, es una monada... y gusta a los amigos... ¡Ya es algo más!

Aparte de la novia, del novio y de la madre de la primera, había otra persona, la cuarta, a quien ese matrimonio afectaba íntimamente.

Era un joven músico, director de jazz-band, a quien la fama de que merecidamente gozaba, no le daba la felicidad.

Ese joven releía con tristeza el anuncio de enlace de Clytia y Cadbury, de uno de los diarios de Nueva York.

Ese músico afortunado en arte y desgraciado en amor era Ken Pauling. Desde que conoció a Clytia la quiso de corazón, y ella le correspondió hasta entonces de igual manera; pero la señora Whitmore lo odiaba, cordialmente también, y el desventurado se había alimentado de esperanzas.

Pero, según rezaban los periódicos, todo se había acabado para él; Clytia se casaba y la perdía para siempre.

Sin embargo, Ken quiso comprobar por sus propios ojos que Clytia se casaba, y esperó, sentado junto al volante de su auto, a poca distancia de la iglesia, que la novia llegase.

En casa de ésta seguía todo igual, que es como si diéramos que la novia no cesaba en su rebelde postura. ¡No quería casarse!

Hamilton Pecke, colaborador, tras la sombra del anónimo, de "Cantacharo", un periódico que nutría sus columnas con los escándalos del mun-

do elegante, y que cobraba a peso de oro sus silencios, se dispuso a terciar en el asunto, pues él, más por sus artimañas que por ser el mejor amigo de la casa, era quien debía conducir a Clytia al altar, y ya hacía mucho rato que estaba esperando en el salón junto con varias señoras de la familia.

—¿Qué es lo que pasa, vamos a ver, señora Whitmore?

—Nada, que la niña no quiere abrir su cuarto y que no hay quien la convenga de que estamos tocando el ridículo por su culpa.

—¿Señorita Clytia, señorita! —llamó Hamilton después de dar con los nudillos unos golpecitos en la puerta del dormitorio de la tremenda muchacha.

Clytia, convencida de que no estaba bien para una señorita el portarse groseramente con las personas de fuera — como era el caso del "chantagista" ignorado — inaqueó a todos la entrada de su habitación y se abandonó en manos de las doncellas y de las señoritas de su corte de honor, para que la vistieran.

—Dulce corderita de tu madre... —le decía la egoísta viuda. — Ya sabía yo que tú acabarías por complacerme. ¡Eres un ángel!

Con media hora... y algo más, de retraso, la novia hizo su aparición en la iglesia, y hubo expectación por verla. Estaba monísima. Las señoras y las solteritas, elogiaban o criticaban, según su modo de ser, el "trousseau" que Cly-

tia lucía. Los señores, de todas edades, en cambio, se la comían con los ojos. ¡Vaya un bocado para ese neurasténico! pensaban comparando la belleza de la novia con la rigidez del novio.

A medida que, cogida del brazo de Hamilton, avanzaba Clytia hacia el altar, al pie del cual



—...se abandonó en manos de las dancellus y de las señoritas de su corte de honor...

él estaba, Cadbury se ponía más nervioso. ¿Era la proximidad del gran momento la que lo sacaba de su centro de gravedad?

A Clytia también le ocurría lo mismo y ya

sabemos el por qué. Si en un momento de calma había consentido en ir a la iglesia, ahora, estando en ella y sintiéndose en peligro casándose con Cadbury, estaba resuelta a apelar a todos los medios que le parecieran eficaces para intentar su salvación.

Era tan acentuado el desconcierto de Clytia que, inconscientemente, uno de sus zapatos pisó el lazo del otro y su persona dió en el santo suelo. Cuando se levantó, se dió cuenta del dolor que le producía su ojo derecho, que hinchado y amaratado como se le había puesto, le daba un aspecto grotesco. Este incidente añadió fuego a las brasas que ardían en el espíritu de Clytia... pero resistió aún, y ya Hamilton había depositado a la novia al lado del que iba a ser su esposo, a quien rehusó darle la mano.

El órgano toró la marcha nupcial, cuyos inspirados acordes sonaban en los oídos del desairado pretendiente como fúnebres sollozos de un fagot agrietado. ¡Aquella boda parecía un entierro!

Al entrar en la iglesia, Clytia había pensado: "¿Porqué no pasará algo serio, algo que no nos permita llegar al fin? Y lo que había pasado no era lo que pedía Clytia, pues, la caída que sufrió, sobre no librarla de la boda, la dejaba en un ojo recuerdos nada gratos.

Ahora impetraba la intervención del cielo:

—Tú, Señor, que sacaste ileso a Daniel del foso de los leones... tú que haces tantos mila

gros... ¡haz algo por esta pobre novia sin cariño! Pero, hazlo aprisa...

Sí, aprisa había de ser, pues el sacerdote ejercía su sagrado ministerio dando lectura de la consabida epístola matrimonial.

— Señor padrino: entregue el anillo al contrayente — dijo a aquél, a continuación de los consejos del santo, el cura.

El padrino tuvo un susto muy serio al encontrarse a faltar el anillo de boda.

Clytia y Cadbury buscaban, interiormente, que no apareciese el anillo... pero volvieron a su tristeza y malhumor, pues el padrino daba, al fin, con la joya, que se le había ocultado en un rincón de un bolsillo del chaleco.

La madre de la novia, pronta a desmayarse, se repuso, al desaparecer el temor de que no pudiera celebrarse el casamiento, aspirando a toda dosis un tubo de sales.

El padrino entregó el anillo de marras a Cadbury, y éste, con su delicadeza habitual, lo tomó en sus dedos colocándolo en ellos convenientemente para introducirlo con la mayor firmeza posible en el anular de la mano derecha de Clytia.

Esta, con más idea que un dibujante asalariado de una revista humorística semanal, hizo un gesto brusco, inteligentemente calculado, su brazo chocó con la mano en que Cadbury tenía el anillo, y éste fué a rodar por el suelo.

La viuda se desmayó otra vez, y el novio,

el padrino, el sacerdote, y todos los invitados, rivalizaron en buscar el dichoso anillo.

Clytia, vigilando las salidas, y determinada a que no le pusieran el anillo, pensó que ahora debía correr el dedo, y con él toda su persona.

Y así lo hizo.

Cuando la madre, que era la única que vigilaba a su hija, se dió cuenta de la fuga de ésta, gritó temblando toda:

— ¡Oh, se ha ido Clytia! ¡Se ha ido!

El asombro fué inmenso...

El que quedó más tranquilo entre todos los asistentes a la boda fracasada, fué... el novio. ¿Qué enigma era ese?

Clytia, vestida de novia, se supone, pues no iba a desnudarse en la calle, caminaba a toda velocidad hacia su casa huscando un automóvil cualquiera para ponerse fuera del alcance de las burlas de la gente, a quien le soltaba cuatro frescos de su repertorio, pero nadie le hacía caso, pensando: "¿Quién hace caso de una loca?"

De súbito, como llovido del cielo, apareció el auto de Ken Pauling con él dentro, procedente de la iglesia de la que acababa de salir muy disgustado. Clytia, sorprendiéndole sobremanera, se arrojó al vehículo y alentó a Ken.

— ¡Pisa el pedal, querido, y huyamos de esos idiotas con ojos de buho!

El auto "voló", siendo únicamente útil la intervención de la policía que llegaba entonces,

para dispersar al grupo de curiosos que ven partir a la "loca" de tan diabólica manera.

—Pero ¿qué has hecho, Clytia?

—¿Piensas tú, Ken, que yo podía dar el "sí" que me encadenaba a ese hombre? ¿Si miraba como debe mirar un pez que ha tragado el anzuelo?

No hace falta que lo jures; se ve que es un pobre besugo.

—Ya ves lo que ha hecho tu mamá. Lo siento mucho por tí, Clytia. Tú ya sabes cuanto te aprecio... y ya se que si no fuera por tu madre, tal vez me querrias para lo que yo te quisiera...

Tú eres un buen chico, Ken, y yo no te he olvidado nunca... Oye, ¿pero a dónde me llevas? No, no, desvía y conducíme a mi casa. Una cosa es fugarse del novio y otra del hogar. Yo no hago las dos.

—No iba a raptarte, mi dulce prenda... Alargaba el camino para tenerte más tiempo a mi lado.

—No puede ser, Ken. Debo a mamá una explicación... Si tú eres constante, es posible que consigas lo que te propones conmigo. Ea, ya sabes que somos muy buenos amigos. ¿Ah, gracias a Dios? Ya estoy en casa. Veremos qué cara me pone mi mamaita. El disgusto que he debido darle ha sido sin duda de los que hacen época.

—¿Me permitirás que te vea a menudo aquí,

en el jardín, cuando nadie pueda sorprendernos?

—No, Ken, por ahora no; es preciso dejar que pasen unos días. Mamá me vigilará, lo presiento, y alguien más podría estar también al acecho de mis actos.

—Como tú dispongas... Y, por si se te ofrece algo, ya sabes que sigo dirigiendo la orquesta en Pennetti's.

—Adiós, Ken.

—Adiós... mujercita adorable.

Alejose apresuradamente Clytia, volviéndose alguna que otra vez para mirar a Ken, y éste, subyugado por ella, no levantó pie del suelo hasta que la gentil visión desapareció por completo.

Entonces, triste y meditabundo, el músico regresó a su hogar, un precioso hotelito, medio oculto entre espesuras de bosque, en la Isla del Rey.

Al entrar en su casa, Clytia se retiró inmediatamente a sus habitaciones y libróse con despecho de sus galas nupciales.

La madre de la indómita no estaba aún de vuelta de la iglesia, pues tardó bastante en recobrase de su desmayo y varias damas se opusieron, con persuasivas palabras, a que se marchase del templo en el estado excitado en que se hallaba.

Cadbury Todd, el novio fracasado, había considerado que lo mejor que él podía hacer, después del chasco recibido, era eclipsarse en su morada, para esperar que lo fueran a buscar si la novia reconocía su travesura y aceptaba casarse con él.

Pero, superficialmente observado, Cadbury no daba ninguna señal de enojo y, hombre de energías, aunque las tuviera a la callada, había ordenado a su criado que hiciera las maletas como si estuviera a punto de emprender un largo viaje.

Mientras, Ken, paseábase por el parque que rodeaba su casa y, perdida su mente en dulces evocaciones, pasaba por el momento más feliz y más desdichado de su vida.

Soñaba en Clytia, la veía a su lado, muy junto a sí, murmurándole bellas cosas, acariciándole los sedosos cabellos, besándola, al fin!

Mas despertó y amarga fué la realidad. ¿Estaba solo, inmensamente solo!

Alguien vino a turbar su melancolía. Fué Mamerta O'Gallagher, excelente bailarina, llamada "Señora" por la clientela bullanguera y juvenil del cabaret Pennetti's.

—Ken, amigo mío — le dijo — ¡esto es un paraíso más que una casa. Te felicito por tu buen gusto... y te voy a pedir un favor. ¿Ten-

drias algún inconveniente en cedérmela esta noche para una boda secreta... relativamente?

—¿Una boda? Si es un capricho vuestro transformar mi casa en camarín, no hago la menor objeción. De modo que puedes disponer de mí retiro.

—Gracias, Ken. Eres un amigo de verdad. La boda será a las diez, no lo olvides. Despacha pronto, para que llegues siquiera al final de la fiesta.

Tendré en cuenta tu oferta.

—¿Qué? — preguntaron unas señoritas, apareciendo en el parque, procedentes de la casa de Ken. — ¿Podremos venir aquí?

—Sí, venid a dar las gracias a Ken — contestó la "Señora".

—¿No viniste sola?

—Ya lo ves: somos una docena a lo menos.

—Gracias, simpático artista — le dijeron a una todas las visitantes a Ken.

—Por nada, niñas, por nada.

—¿Estás malucho? — preguntóle una.

—No, hijita.

—Pues yo aseguraría lo contrario. Pero, mejor que no sea verdad. Dinos, ¿vendrás a nuestra fiesta?

—¿Quién sabe!

—Sí, guapito, date prisa y vuelve a nuestro lado. La cosa resultará muy simpática. Se casa una compañera coreográfica... cuando menos lo esperaba. ¡Casi está loca de contento!

—Bueno, bueno, que se case... Yo haría lo mismo, si pudiera...

Ya lo sabes, cuando tú abras la boca y elijas, cualquiera de nosotras se rinde apasionadamente.

—Id, id, muchachas; a vosotras os corresponden millonarios que sean capaces de arrullarse por vuestros pies o vuestras piernas.

—Anda, anda, guasón. ¡Hasta la noche!

Adiós, Ken — dijo, también, "Señora" —. Confío en que no faltarás.

Se marcharon todas las revoltosas muchachas, y Ken reanudó su interrumpido paseo pensando en que con mucho gusto se casaría el aquella noche si su amada accediese a ello.

En aquel momento, ella, Clytia, doncella sin amante, pero llena de amor, encontraba su novela sentimental soberanamente aburrida.

Humo de quimeras, sueños desvanecidos, nada... ¡y este era el capítulo más interesante!

En efecto, Clytia, como Ken en ella, soñaba con él y como a él se le figuraba que tejían un idilio amoroso en un frondoso bosque al remate del cual se expresaban su pasión acariciándose dulcemente.

De pronto, al despertar, Clytia oyó una voz conocida, la de su madre, que acababa de llegar a su casa y que se enteraba apenas de que su hija estaba en su cuarto:

—Mamaita quiere hablar con su aena adorada.

Clytia no pudo negarse a su madre, a quien, naturalmente, debía una aclaración concreta y rotunda de su fuga de la iglesia.

—Hijita, mi Clytia hermosa, ¿estás bien?

—Sí, mamá, sólo que en la iglesia me dio



...Clytia soñaba con él...

como un ataque y preferí venir acá a que me vieran contorsionándose los invitados.

—Sí, ya sé; y no te mortifiques por lo que hayan podido pensar todos. Lo que conviene es que tú estés bien, mi tesoro. Y ahora, vamos a hablar en serio, niña.

—Dí, mamá.

—Deseo que te amigles un poquito para ir al salón. Hamilton Pecke vendrá a verme esta noche. Dejando hablar sin ficción a nuestros sentimientos, se atraerán nuestras almas hermanas y...

—Vaya, mamá, ese tipo te está haciendo



—Hijita, mi Clytia hermosa, ¿estás bien?

más loca de lo que ya estabas.

—Mi corderita está muy alterada. Mañana, cuando se case con el señor Todd, desaparecerá ese genio raro...

—;Yo casarme con el novio a quien he re-

nunciado delante de Dios! ¡Pero qué ganas de perder el tiempo tienes, mamá! ¡Repítelo!

—Ya sé lo que me digo y lo que me hago. Reflexiona hasta mañana... y para que nadie te moleste en tu meditación, ahí quedas encerrada.

—No hagas eso, mamá.



—¡Pero qué ganas de perder el tiempo tienes, mamá! ¡Repítelo!

—Ya está, niña... Descansa y sé razonable. Ya tú ves que no te trato tan mal como tú tenías motivo para esperarlo. Ya tú ves que soy mejor de lo que tus travesuras merecen. Con-

que, si tienes corazón o, por lo menos, consideración hacia tu madre, acata mi voluntad, que sólo ha de reportarte beneficios.

— ¡Ay, mamá, qué imposible estás!

— Buenas noches, hijita.

Tras decir esto, desapareció.

Cadbury, presto a partir de su casa, tuvo aún, a pesar de todo, la delicadeza de telefonar, por última vez, a Clytia, quien, presintiendo era él, ordenó a su doncella que se pusiera al aparato.

— ¿Está la señorita? — preguntó Cadbury.

— La señorita está indispuesta y no puede escucharle, señor — contestó la sirvienta.

El aristócrata dejó el teléfono y, volviéndose a su criado, le dijo:

Uno ha pretendido, al menos, cumplir su deber ¿no te parece?... De modo que ¡al adiós, James!

* * *

La madre de Clytia dió órdenes severísimas a sus criados para que, bajo ningún concepto, permitieran a Clytia salir de su cuarto.

Por su parte, aprensiva en extremo, la viuda se entregaba a su propia observación, sin sospechar que hay dormitorios donde sobran las ventanas o sobra la ropa del lecho.

Pues, en efecto, Clytia, que no podía resistir su melancolía, se deslizó, tras haber anudado

varias sábanas, por la ventana hacia el jardín.

La muchacha lo arriesgaba todo por la libertad, sin sospechar siquiera que unos ojos traidores la estaban contemplando desde lejos.

Eran los de Hamilton Peeke, el interesado cortejador de la viuda, que no veía un suceso del mundo elegante sin pensar en su rendimiento como materia periodística.

Y ya se trazaba mentalmente el próximo número de su hoja conadlera, con la noticia sensacional en primera plana. Diría así:

Del Gran Mundo.

La favorita de la Sociedad, hace cuenda de unas sábanas para huir de su casa, después de dejar plantado a su novio rico.

Esto costará a la madre cinco mil dólares, si quiere evitar que se publique en mi "Cantaclaro" — añadió para sus adentros.

Y no entró a ver a la viuda, que lo esperaba muy pulida, pues prefirió seguir en auto a la fugitiva que iba en el de su propiedad, el cual sacó del garage del jardín.

Poco después, un guardia se dió cuenta de que algo anormal había ocurrido en la casa de la señora Whitmore, y entró a dar parte a ésta de lo que acababa de ver desde la calle.

— En la fachada posterior de su casa, hay señales de un desaguisado, señora.

— ¿Qué? ¿Dios mío, qué habrá sido?

Ladrones, probablemente — contestó el policía —. Al menos, de la ventana cuelga una

sábana por la que ha descendido alguien.

—Ay, ay! ¿Se habrá fugado esa atrevida?

Presurosa, seguida del guardia, la madre de la endiablada muchacha fué al cuarto de ésta y tablean!

A los gritos de la señora acudieron varias señoritas — parientes que habían sido invitadas para la boda y que se hospedaban en la casa — y los criados, comentando todos, cada cual a su manera, la conducta de Clytia.

Al final de muchos lamentos acompañados de desacompasados gestos, la viuda se desmayó en los brazos del policía que ya los tenía rotos de aguantar sus nervios.

— Por lo que más quieran, señoritas, no la hagan volver en sí! Déjenla descansar... por lo menos hasta que yo me vaya — imploró de las damas el apurado guardia.

Las señoritas se encargaron de la desfallecida madre, y el de la seguridad puso pies en polvorosa. ¡Cualquiera aguanta a una vieja pataleando!

Entretanto, Clytia y Hamilton llegaban al cabaret Pennetti's, sin verse, desde luego.

Milagro parecía que ese cabaret no se hundiera bajo el peso de su enorme concurrencia de comedores, bebedores y danczarines.

Allí iba Clytia en busca de su amor, resumiendo en Ken.

Como iba sola, el conserje le prohibía terminantemente la entrada, mas ella, llamando la

atención de todos, requirió la protección de Ken, el cual, desde el estrado de la orquesta, hizo un gesto al portero para que dejase en paz a Clytia.

Hamilton presenció esto desde un velador frente al cual se había instalado en un sitio discreto del hall y sonreía...

Clytia se sentó frente a otro velador, cerca de la orquesta para poder cambiar miradas con el simpático director mientras éste, por su obligación, no pudiera reunirse con ella.

Los ojos de los dos jóvenes, apasionados uno de otro, eran como telégrafos de señales que se enviaban callados suspiros, promesas fervientes, anhelos del alma.

Nada más encantador para la enamorada que la rítmica figura de Pauling, cuyo cuerpo le daba la sensación de una caja de armonía.

Sin perder minuto, Hamilton pasó al cuarto del teléfono y pidió al Centro comunicación con el n.º de la señora Whitmore.

Esta, avisada, se puso al habla con él.

Diga, señor Poole... Sí, soy yo...

—Éstoy en Pennetti's... y Clytia también. Ya ha tenido su poquito de bronca con el portero, y ahora flirtea descaradamente con el director de la orquesta. Venga en seguida y se enterará de todo.

Ni que decir tiene que a la viuda le faltaba hábito para llegar cuanto antes al cabaret donde se estaba comprometiendo su hija.

De pronto, en aquel centro de diversión, sonaron las estridencias del metal, giró sus lamentos la madera, puntearon las bamboles, retumbaron las cajas, tabletearon los redoblantes... todo al compás de la batuta de Ken, maravilla en sus manos de "Rey del jazz".

Y la música, nombre indulgente de aquel infernal estrépito, como cosquillas un vino esquisito en la garganta, hormigueaba en la punta de los pies de Clytia.

Durase que, para mantener el entusiasmo de la amada, Ken hacía bajar del mismo cielo aquella tempestad de sonidos.

El viejo Pennetti, admirado, se complacía en felicitar a Ken, al final del baile que hizo saltar de gozo a todos los que se echaron al ruedo, que fueron casi todos los concurrentes.

También Clytia hubiese bailado de habérselo propuesto Ken. ¡Pero el muchacho no podía! ¡El hacía bailar a los demás!

Con un soberbia música. "Señora" bailará esta noche como acaso no haya bailado nunca — dijo Pennetti a Ken, frotándose las manos de gozo.

Ken — que ya no pensaba en "Señora" ni en la fiesta de que ella le hablara por la tarde, pues sólo su pensamiento lo tenía puesto en Clytia — agradeció como un autómatas las alabanzas del "patrono", a quien, en aquel momento, se acababa de entregar la siguiente carta:

Mi querido Sr. Pennetti:

Me es de todo punto imposible ir a trabajar esta noche. Espero que no le causará perjuicio mi ausencia. De cualquier modo, mi buen amigo, yo antepongo la diversión al negocio.

Perdone a su afino.

"Señora."

Entonces, Ken acordóse de que, en realidad "Señora" no debía ir a bailar aquella noche, pero fingió no saber nada.

—Mis clientes esperan el baile — plañíase Pennetti, desesperado, para lo cual poco le bastaba —. Todos saben que Pennetti no falta a su palabra, y muchos vienen para ver a "Señora", que está anunciada... ¿Cómo salir de este apuro? ¡Ayúdeme, Ken, propóngame una solución!

—No sé, no sé... — limitóse a decir el músico.

¡Qué contrariedad! ¡Qué debo hacer ahora?

Un terrero intervino. Era Hamilton, quien dijo a Pennetti y a Ken:

—No he sabido permanecer ajeno a sus entreatas, que acabo de oír casualmente. Tal vez yo pueda sugerir a ustedes un medio para vencer esa dificultad.

—Diga, diga, señor...

—Aquella muchacha — y señaló a Clytia — es una de las mejores bailarinas de afición en la alta sociedad... y estoy seguro de que bailará si el señor Paníng se lo ruega.

— ¡Caramba, Ken, por lo que más quiera, hágala bailar!

— ¿Usted cree que yo puedo conseguir eso de esa señorita? — preguntó seriamente Ken a Hamilton.

— Estoy convencidísimo de ello. Esa señorita no sabría negar nada a usted.

— ¿Y cómo lo sabe?

— Sus miradas de esta noche me lo han demostrado.

— Por favor, Ken, por favor, sáqueme usted de este apuro.

Halagado, aunque no lo demostrara, Ken dirigióse a Clytia, la saludó cariñosamente, conversó un rato con ella, y luego, yendo recto al grano, le dijo:

— Nuestra bailarina no puede venir esta noche, y alguien me ha requerido para que te invite a bailar, si es que tú quieres complacerme.

— ¡Ya lo creo que quiero! A mí me da lo mismo bailar aquí que en casa de la condesa de X.

— Pero, vestida como vas...

— ¡Oh, el vestido es lo de menos! En dos minutos me compongo uno original... Mira.

Como un Fregoli, Clytia quitóse parte de su ropa y combinó el resto de manera que se le vieran enteramente las piernas y unos centímetros más...

Compuesta de tal modo, estaba verdaderamente atractiva.

— Dudaba que pudieras hacer eso por mí — le murmuró Ken.

— Pues ya lo ves... Me alegro de demostrarte que me uno a tus alegrías... Andá, toca el "Fox-trot matrimonial".

Ken, loco de contento, hizo arrancar el alma de los instrumentos de sus músicos para ofrecerla a su Clytia.

Y mezclábanse en Ken la admiración y la ansiedad. ¡Como que su propia fama le importaba menos que el triunfo de Clytia!

Y Clytia bailó con los pies y el corazón, apuntándose un éxito sincero al terminar su actuación.

Ken, atraído por las suplicantes miradas de ella, saltó a la pista y ambos se arrojaron a sus respectivos brazos, besándose delante de todos.

Estalló una ovación estruendosa.

Pennetti daba "vivas a la Pepa", como vulgarmente se dice.

Pero, de súbito, se hizo el silencio.

— ¡Clytia! — había gritado una voz cuando los dos enamorados se olvidaban de que pisaban tierra firme.

— ¡Era la mamá de la nena!

La concurrencia enmudeció para "presenciar" mejor la escena que se iba a desarrollar.

— ¡Oh! ¿Por qué haces esto? ¿Crees que no has dado ya bastante escándalo? Vamos a casa, Clytia, vamos a casa — decíale su madre.

No te molestes, mamá. Ni vuelvo a casa.

ni quiero casarme con ese mento de señor Todd.

—Y eso, ¿por qué?...

—¿Por qué, preguntas? Porque será mi marido Ken Pauling, el único hombre a quien amo.

Hamilton asintió, impasible, a su obra.

—Por favor, señora —terció Pennetti asustado—, que estas escenas perjudiquen mis intereses! Pasen, siquiera, a un gabinete reservado.

¡Se acabaron las contemplaciones! ¡O vienes conmigo a casa, o te llevaré arrastrando! —exclamó, fuera de sí, la viuda, tirando de su hija.

Mas, de improviso, se produjo una gran alarma y un gran barullo.

—¡Sálvese quien pueda! —avisó una voz.

—Es un asalto policiaco! —dijo otra voz.

Y otras, mientras la gente corría hacia las salidas.

—Fuego!

—Socorro!

—¡Asesinos!

—¡Policia!

Aprovechando la confusión, Ken y Clytia salieron juntos, y solos, por una puerta trasera del cabaret y, ya en la calle, se pusieron a salvo con la ayuda de sus ligeras piernas.

—Es indudable que la policía estará vigilando el camino. Lo mejor, para que no nos prendan, será tomar el bote de Pennetti —opinó Ken.

Clytia aceptó seguir a su amado, y con él embarcó en el aludido bote atracado a la orilla del río a tres pasos del cabaret.

Un poco después, en el agua, Clytia algo arrepentida, dijo a Ken,

—Creo que debemos volver, querido. Los agentes se habrán marchado ya.



...salieron juntos, y solos, por una puerta trasera...

—Vas a saber la verdad, Clytia —le dijo, entonces, Ken—. La invasión de Pennetti's ha hecho los muchachos de mi orquesta, armando más ruido que un escuadrón de policías.

—¡Ah! ¿Sí? Esas bromas son intolerables. No hay nada de lo dicho, Ken. Mañana mismo me caso con Cadbury Todd.

—Piensa, chiquilla rebelde, que has prometido casarte conmigo, y no he de permitirte que te arrepientas, porque sí, de tu palabra.

—La mujer tiene el privilegio de cambiar de opinión cuando le parezca. ¡Quiero que me desembarques ahora mismo!

—Pues yo no te obedezco.

Clytia, enojada, manipuló en el mecanismo de la caña y una entrada de agua que con su inconsciencia produjo en la embarcación, obligó a Ken, afortunadamente cerca de tierra, a desembarcar allí mismo, aunque el agua le llegara al pecho, y asimismo a levantar con sus brazos sobre la superficie líquida, el cuerpo de la fierrecilla.

Ella censuraba su atrevimiento.

—Odio a usted con toda mi alma! ¡Haré que lo encierren en una cárcel, por malvado!

—¡Callate, tontina, callate!

—Déjeme en libertad. ¿Dónde quiere llevarme, raptador de doncellas!

—¿A dónde he de llevarte sino a mi casa! Se celebra en ella una boda, y los invitados nos están esperando. Y nos podremos casar tú y yo... si quieres...

—¿Casarnos? Sí, Sí, Ken. ¡Ay, Ken, qué cosa dices tan linda!

Y se adelantaron unos abrazos... ¡Los hay impacientes!

Lo que nunca podía figurarse Clytia, era lo que vio en casa de Ken.

¡Pasmarse!

¿Saben quién se casaba secretamente?



...obligó a Ken a desembarcar allí mismo, aunque el agua...

Cadbury Todd, el enigmático rico a quien la señora Whitmore había inculcado la idea de que se uniera a su hija sin que acompañara a esa idea el amor verdadero.

A pesar de haberle sido siempre muy antipático, en aquel momento Clytia se le echó al cuello y lo abrazó agradecida.

Cadbury hizo lo mismo, sonriendo—¡gran Dios, qué milagro!—inclusive.

La que protestó fué la esposa del noble que las tuvo con el moño de Clytia, repeliendo



—...Y nos podremos casar tú y yo... si quieres...

ésta de lo lindo.

Puestas en claro las cosas, acabaron todos por celebrar aquel encuentro que demostraba, al fin y al cabo, en divertida moraleja, que el

amor no se compra ni se vende, ni necesita de intermediarios para unir los corazones.

Y allí mismo, decidida a cometer su última locura, Clytia anunció a los presentes:

—Invitamos a todos ustedes a permanecer aquí, para que también presencien nuestra boda.

Antes de la ceremonia, Clytia se puso por teléfono en comunicación con su madre, en casa de la cual Hamilton estaba a punto de cobrar un cheque de 5.000 dólares por su silencio en el asunto escandaloso de Clytia.

¡Buen disgusto tenía la viuda, pues encima del desengaño respecto a los sentimientos de Hamilton se enteraba de que era un asqueroso "chantagista"!.

—¡Hola, mamá! No me guardes rencor... El corazón no conoce más ley que la suya... Tú también fuiste joven y sabrás perdonarme. Si vieras, mamá, qué encantadora es la esposa de Cadbury Todd, que acaba de casarse. Si ya te lo contare todo... Es muy curioso lo que pasa... Oye: he dicho a Cadbury que Hamilton Pecke trata de engañarte. Él fue quien incitó al que va a ser mi esposo, o sea Ken, a que luchase en Pennetti's. Tenía, el muy bribón, su plan para timarte sin duda. Pero Cadbury acaba de adquirir en propiedad el periódico "Cantacharo" y va a despedir a Pecke, aunque éste nada sabe todavía.

—No va a tardar ni un minuto en saberlo,

monina. Y os perdono a ti y a Ken, pero os quiero a mi lado en seguida.

—Sí, mamá, hasta luego.

De modo que, por una parte, entre la algarabía general, Ken y Clytia se prometieron fidelidad *in eternum*, y, por otra parte, un criado que sabía imponer la voluntad de sus señoras,



Y se tiraron de los pelos, como reprochándose el haberse atado...

arrojaba a la calle, *sans façon*, al desvergonzado Hamilton.

Después de consumado el hecho, Clytia y Ken se aislaron en un rincón del bosque.

Y se tiraron de los pelos, como reprochándose el haberse atado mutuamente con una sólida cadena... pero lo hicieron para consolarse de haber renunciado a la libertad dándose unos apetitosos besos.

¡Que les aproveche!

FIN

(Revisado por la censura militar)

• NUMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Escena
1	Los Amigos o Gente brava	El jorón Redardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vandad Venenida	La Batalla
4	Los cuatro puntos del apostolado	Los enemigos de la mujer
5	Los espas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Derling, El Negro	Mary Pickford
7	El poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotrope	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Edith Claret
11	Murmuración	Charles Bay
12	El Indomado	Vivian Maude
13	Cómo aman las Mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett

**PRÓXIMO
NÚMERO**

La producción dra-
mática del programa
REALART

POR SALVAR A SU MADRE

Preciosa novela que llegará al alma
de todas las mujeres
Creación de la bellísima

CLARA WIETH

POSTAL-ESCENA:

WALLACE REID

«LA NOVELA FILM»

se pone a la venta en toda España todos los martes

Precio: 30 cts.

Colectores completos y números
sueltos dirigidos a precios corrien-
tes, de venta en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbarrá, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

